

Predestinados a encontrarse, condenados a perderse...

A woman with long dark hair, wearing a black strapless dress, stands in a dark, misty forest. She is looking down with her hands clasped near her face. The background is a dense forest of tall, thin trees with bare branches, creating a somber and mysterious atmosphere. The overall color palette is dark blue and black.

OSCUROS



LAUREN KATE

OSCUROS



LAUREN KATE

Traducción de Alfonso Barguñó

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.



Título original: *Fallen*

La negociación de este libro se realizó con la intermediación de Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

Adaptación del diseño de la cubierta de Angela Carlino: Random House Mondadori / Judith Sendra

Ilustración de cubierta: © Fernanda Brussi Gonçalves

Primera edición: marzo de 2010

© 2009, Tinderbox Books

© 2009, Lauren Kate

© 2010, de la presente edición para todo el mundo:
Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Alfonso Barguño Viana, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8441-599-2

Depósito legal: B-5.237-2010

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Limpergraf

Pol. Ind. Can Salvatella

C/ Mogoda, 29-31 - 08210 Barberà del Vallès

Encuadernado en Encuadernaciones Bronco

GT 1 5 9 9 2

*Para mi familia,
con gratitud y amor*

Pero han cerrado el paraíso a cal y canto...
Debemos dar una vuelta al mundo
para ver si se han dejado abierta una puerta trasera.

HEINRICH VON KLEIST

Sobre el teatro de marionetas

En el principio

Helston (Inglaterra), septiembre de 1854

Al filo de la medianoche acabó de dar forma a los ojos. Tenían una mirada felina, entre atrevida y confusa, desconcertante. Sí, aquellos eran sus ojos, coronados por una frente fina y elegante, a pocos centímetros de una cascada de cabello negro.

Alejó un poco el papel para valorar sus progresos. Era difícil dibujarla sin tenerla delante, pero, por otra parte, nunca habría podido hacerlo en su presencia, porque desde que llegó de Londres (no, desde la primera vez que la vio) había procurado guardar siempre las distancias.

Pero ella cada día se le acercaba más, y a él cada día le resultaba más difícil resistirse. Por eso iba a marcharse por la mañana, a la India, a América, no lo sabía ni le importaba, porque en cualquier otro lugar las cosas serían más fáciles que allí.

Se inclinó de nuevo sobre el dibujo y suspiró mientras difuminaba con el pulgar el carboncillo para perfeccionar el mohín del carnoso labio inferior. Ese trozo de papel inerte no era más que un impostor cruel, pero también la única forma de poder llevársela consigo.

Luego, irguiéndose en la silla tapizada en cuero de la biblioteca, sintió aquel roce cálido y familiar en la nuca.

Era ella.

Su sola proximidad le proporcionaba una sensación extraordinaria, como el calor que desprende un tronco cuando se resquebraja en la chimenea y va reduciéndose a cenizas. Lo sabía sin tener que volverse: ella estaba allí. Escondió el retrato entre el fajo de papeles que tenía en el regazo; de ella, sin embargo, no iba a poder esconderse tan fácilmente.

Miró hacia el sofá de color marfil que había al fondo del salón, donde apenas unas horas antes ella, con un vestido de seda rosa y algo rezagada de los demás invitados, se había levantado súbitamente para aplaudir a la hija mayor del anfitrión, que acababa de interpretar una pieza al clavicordio de forma magistral. Miró hacia el otro lado de la estancia, al mismo lugar donde el día anterior se le había acercado sigilosamente con un ramo de peonías salvajes en las manos. Ella aún creía que la atracción que sentía por él era inocente, que el hecho de que se encontraran tan a menudo bajo la pérgola era solo... una feliz coincidencia. ¡Había sido tan ingenua! Pese a ello, él nunca la sacaría de su error: solo él debía cargar con el peso del secreto.

Se levantó, dejó los bocetos en la silla de cuero y se dio media vuelta. Y allí estaba ella, apoyada contra la cortina de terciopelo escarlata con un sencillo vestido blanco. El pelo se le había destrenzado, y su mirada era la misma que él había esbozado tantas veces, pero sus mejillas parecían arder. ¿Estaba enfadada? ¿Avergonzada? Ansiaba saberlo, pero no podía preguntárselo.

—¿Qué haces aquí?

Captó la aspereza involuntaria en su propia voz y lamentó que ella nunca fuera a comprender a qué se debía.

—No... no podía dormir —balbució ella, mientras se dirigía hacia la chimenea y la silla—. He visto que había luz en tu habitación y luego... —vaciló antes de acabar la frase y bajó la mirada hacia sus manos— tu baúl en la puerta. ¿Te vas a alguna parte?

—Iba a decírtelo... —Se interrumpió.

No debía mentir. Nunca había pretendido que ella conociera sus planes. Decírselo solo empeoraría las cosas, y ya había dejado que llegaran demasiado lejos con la esperanza de que en esta ocasión fuera diferente.

Ella se le acercó un poco más y reparó en el cuaderno de bocetos.

—¿Estabas dibujándome?

El tono sorprendido de la pregunta le recordó que vivían en mundos separados por un abismo. Pese a todo el tiempo que habían pasado juntos en las últimas semanas, ella aún no había llegado a vislumbrar por qué, en verdad, se atraían el uno al otro.

Aquello era, cuando menos, lo mejor que podía hacer. Durante los últimos días, desde que decidió marcharse, había intentado distanciarse de ella, pero el esfuerzo le cansaba tanto que, cuando se encontraba a solas, tenía que rendirse al deseo reprimido de dibujarla. Había llenado las páginas del cuaderno con esbozos de su cuello arqueado, su clavícula de mármol, el abismo negro de su cabello.

Se volvió para mirar de nuevo el retrato, no porque le avergonzara que lo hubiera sorprendido dibujándola, sino por un motivo peor. Sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo al advertir que lo que ella había descubierto —lo que él realmente sentía— acabaría con ella. Tendría que haber sido más cuidadoso: siempre empezaba así.

—Leche templada con una cucharadita de melaza —murmuró, todavía de espaldas a ella. Luego añadió con un deje de tristeza—: Te ayudará a dormir.

—¿Cómo lo sabes? Vaya, es justo lo que mi madre acostumbraba...

—Lo sé —dijo, dándose la vuelta para mirarla.

Su asombro no le extrañó, pero no podía explicarle cómo lo sabía, ni confesarle cuántas veces él mismo le había dado aquel brebaje, cuando las sombras se acercaban a ellos, y cómo luego la había abrazado hasta sentir que se dormía en sus brazos.

Cuando su mano le tocó el hombro, tuvo la impresión de que le quemaba a través de la camisa y se quedó boquiabierto. Nunca antes se habían tocado en esta vida, y el primer contacto siempre lo dejaba sin aliento.

—Contéstame —susurró ella—. ¿Vas a marcharte?

—Sí.

—Entonces, llévame contigo —le espetó.

Justo en ese instante ella se dio cuenta de que contenía la respiración y se arrepentía de lo que acababa de decir. Notó cómo la progresión de sus emociones se manifestaba en la arruga que se le formaba entre los ojos: iba a sentirse impulsiva, desconcertada y luego avergonzada de su propio atrevimiento. Siempre hacía lo mismo, y demasiadas veces él había cometido el error de consolarla.

—No —musitó, porque recordaba... Siempre recordaba...—. Mi barco zarpa mañana. Si de verdad te importo, no digas ni una sola palabra más.

—Que si me importas... —repitió ella como para sí—. Yo te...

—No lo digas.

—Tengo que hacerlo. Te... te quiero, de eso no tengo la menor duda, y si te vas...

—Si me voy, tu vida estará a salvo.

Lo dijo poco a poco, intentando llegar a algún rincón de ella capaz de recordar algo. ¿O acaso no guardaba ninguno de esos recuerdos, acaso estos permanecían enterrados en alguna parte?

—Hay cosas más importantes que el amor. No lo entenderías, pero tienes que confiar en mí.

Su mirada se clavó en la de él. Retrocedió un paso y se cruzó de brazos. Aquello también era culpa de él: siempre que le hablaba con condescendencia, provocaba que emergiera su lado más rebelde.

—¿Me estás diciendo que hay cosas más importantes que esto? —le preguntó con tono desafiante, al tiempo que le cogía las manos y se las llevaba al corazón.

¡Oh, cómo deseaba ser ella y no saber qué era lo que venía a continuación! O, al menos, ser más fuerte de lo que era y no dejarla avanzar un paso más. Si no la detenía, ella nunca aprendería y el pasado volvería a repetirse, torturándoles una y otra vez.

Aquel conocido calor de la piel bajo sus manos le hizo inclinar la cabeza hacia atrás y gemir: intentaba obviar cuán cerca estaba de ella, cuán irresistible era la sensación que le producía el roce de sus labios, cuán doloroso le resultaba que todo aquello tuviera que acabar... Pero ella le acariciaba los dedos con tal suavidad... Incluso podía percibir los latidos su corazón a través del fino vestido de algodón.

Sí, ella tenía razón: no había nada más importante que aquello. Nunca lo había habido. Estaba a punto de darse por vencido y abra-

zarla cuando, de repente, notó que ella lo miraba como si estuviera viendo un fantasma.

Lo apartó de sí y se llevó una mano a la frente.

—Qué sensación más extraña... —suspiró.

Oh, no... ¿Era ya demasiado tarde?

Sus ojos se entornaron hasta adoptar la forma de los que él había dibujado. Entonces se le acercó de nuevo con las manos sobre el pecho y los labios separados, expectante.

—Creerás que estoy loca, pero juraría que esto ya lo he vivido antes...

Sí, realmente era demasiado tarde. Alzó la vista, temblando, y empezó a percibir cómo la oscuridad descendía. Aprovechó la última oportunidad para abrazarla, para estrecharla entre sus brazos con fuerza, como había deseado hacer desde hacía semanas.

En el instante en que sus labios se fundieron, ya no hubo nada que hacer: ya no podían resistirse. El sabor a madreselva de su boca provocó en él una sensación de mareo. Cuanto más la estrechaba contra sí, más se le revolvía el estómago por la emoción y la agonía del momento. Sus lenguas se tocaron y el fuego estalló entre ambos, refulgiendo con cada caricia, con cada nuevo descubrimiento... aunque, en realidad, nada de todo aquello fuera nuevo.

La habitación tembló, y alrededor de ambos empezó a formarse un aura.

Ella no advirtió nada, no se dio cuenta de nada, nada existía más allá del beso.

Solo él sabía lo que iba a ocurrir, qué oscuras compañías estaban a punto de interrumpir su velada. Aunque una vez más fuera incapaz de alterar el curso de sus vidas, sabía lo que iba a ocurrir.

Las sombras empezaron a arremolinarse sobre sus cabezas, tan cerca que él podría haberlas tocado, tan cerca que se preguntó si alcanzaría a oír lo que susurraban. Observó cómo la nube pasaba frente a la cara de ella: por un instante, en sus ojos vio un destello de reconocimiento.

Después, ya no hubo nada: nada en absoluto.

Perfectos desconocidos

Luce entró con diez minutos de retraso en el vestíbulo iluminado con luces fluorescentes de la escuela Espada y Cruz. Un guarda de torso corpulento y mejillas sonrosadas, con un portapapeles bajo el brazo, que parecía de hierro, ya estaba dando instrucciones, lo cual significaba que Luce volvía a ir a remolque.

—Así que, recordad: recetas, residencias y rojas —le espetó el guarda a un grupo de tres estudiantes que estaban de espaldas a Luce—. Si seguís estas reglas básicas, estaréis a salvo.

Luce no perdió tiempo y se unió al grupo. Aún no estaba segura de si había cumplimentado bien aquel montón de documentos que le habían entregado, ni si el guarda de cabeza rapada que tenía delante era un hombre o una mujer, ni si alguien la ayudaría a llevar la enorme maleta que acarreaba, ni siquiera si sus padres iban a deshacerse de su querido Plymouth Fury en cuanto volvieran a casa. Durante todo el verano la habían amenazado con venderlo, y ahora tenían un motivo que ni siquiera Luce podía rebatir: a ningún alumno se le permitía tener coche en la nueva escuela. Bueno, en el nuevo reformatorio, para ser exactos.

Todavía se estaba acostumbrando a esa palabra.

—Eh... perdone, pero ¿podría repetir eso que ha dicho? —le pidió al guarda—. ¿Cómo era? ¿Recetas...?

—Vaya, mirad quién ha llegado —dijo en voz alta el guarda, y luego repitió lentamente—: Recetas. Si eres una de las alumnas que necesita medicación, allí te darán las pastillas que te ayudarán a no volverte loca y seguir respirando, ¿entiendes?

«Es una mujer», concluyó Luce después de estudiar a la guarda. Ningún hombre podría ser lo bastante sarcástico para decir todo aquello con un tono de voz tan edulcorado.

—Lo pillo. —Luce sintió arcadas—. Recetas.

Hacía años que había dejado de medicarse. Aunque el doctor Sanford, su especialista en Hopkinton —y la razón por la cual sus padres la habían enviado a un internado en la lejana New Hampshire—, había considerado la posibilidad de medicarla de nuevo a raíz del accidente del verano anterior, después de un mes de análisis varios se convenció de la relativa estabilidad de Luce, y ella por fin pudo olvidarse de aquellos antipsicóticos nauseabundos.

Ese era el motivo de que en su último año de estudios ingresara en Espada y Cruz un mes después de que hubieran comenzado las clases. Ya era bastante pesado ser nueva en la escuela para además empezar las clases cuando el resto ya sabía de qué iba todo. Sin embargo, a juzgar por lo que estaba viendo en la visita introductoria, aquel no era el primer día de clase solo para ella.

Miró de reojo a los otros tres alumnos dispuestos en semicírculo a su alrededor. En el último colegio en el que había estudiado, el Dover, conoció a su mejor amiga, Callie, en la visita introductoria del campus, aunque, en cualquier caso, en un colegio donde el resto de los estudiantes prácticamente habían crecido juntos, ya habría bastado

con que Luce y Callie fueran las únicas que no eran ricas herederas; además, no tardaron en darse cuenta de que también compartían la misma pasión por las películas antiguas, sobre todo las protagonizadas por Albert Finney. Después de descubrir, mientras veían *Dos en la carretera*, que ninguna de las dos llegaría a conseguir hacer palomitas sin que saltara la alarma de incendios, Callie y Luce no se separaron ni un momento. Hasta que... las obligaron a hacerlo.

A ambos lados de Luce había dos chicos y una chica, y de esta última no era muy difícil hacerse una idea de lo que cabía esperar: rubia y guapa como las modelos de los anuncios de cosméticos y con las uñas pintadas de rosa pastel a juego con la carpeta de plástico.

—Soy Gabbe —dijo arrastrando las palabras y mostrándole una gran sonrisa que se esfumó con la misma rapidez con que había aparecido incluso antes de que Luce pudiera devolverle el saludo. El efímero interés de la chica le recordó más a una versión sureña de las chicas de Dover que a lo que habría esperado de Espada y Cruz. Luce no pudo saber si eso era reconfortante o no, ni tampoco pudo imaginar qué hacía en un reformatorio una chica con aquella pinta.

A su derecha había un chico de pelo castaño y corto, ojos marrones y algunas pecas en la nariz. Pero, por la forma en que le evitaba la mirada y se dedicaba a morderse un pellejo del pulgar, Luce tuvo la impresión de que, como ella, todavía debía de estar confundido y avergonzado de encontrarse allí.

El que tenía a su izquierda, en cambio, se correspondía con lo que Luce imaginaba de aquel lugar, incluso con demasiada exactitud. Era alto y delgado, llevaba al hombro una mochila de *disk jockey* y el pelo negro desgreñado. Tenía los ojos verdes, grandes y hundidos, y unos labios carnosos y rosados por los que la mayoría de las chicas matarían.

En la nuca, un tatuaje negro con forma de sol que le asomaba por el cuello de la camiseta negra casi parecía arder sobre su piel clara.

A diferencia de los otros dos, cuando este chico se volvió le sostuvo la mirada. Su boca dibujaba una línea recta, pero sus ojos eran cálidos y vivos. La observó, inmóvil como una estatua, provocando que también Luce se sintiera clavada en el suelo y se le cortara la respiración: aquellos ojos eran intensos y seductores, y también un poco apabullantes.

La guarda interrumpió el trance de los chicos con un carraspeo. Luce se sonrojó y fingió estar muy ocupada rascándose la cabeza.

—Los que ya sabéis cómo funciona todo podéis iros después de dejar aquí vuestras mercancías peligrosas. —La guarda señaló una enorme caja de cartón situada bajo un cartel en el que estaba escrito con grandes letras negras: MATERIALES PROHIBIDOS—. Y, Todd, cuando digo que podéis iros... —Posó una mano en el hombro del chico pecoso, que dio un respingo—, me refiero a que vayáis al gimnasio a encontraros con los alumnos mentores que os hayan asignado. Tú —Señaló a Luce—, deja aquí tus mercancías peligrosas y quédate conmigo.

Los cuatro se acercaron de mala gana a la caja, y Luce observó, perpleja, cómo empezaban a vaciarse los bolsillos. La chica sacó una navaja roja de ocho centímetros del ejército suizo. El chico de ojos verdes dejó a regañadientes un aerosol de pintura y un cúter. Incluso el desafortunado Todd se desprendió de varias cajas de cerillas y de un pequeño cargador de mecheros. Luce se sintió casi estúpida por no tener ninguna mercancía peligrosa, pero cuando vio a los otros sacar del bolsillo los teléfonos móviles y dejarlos en la caja, se quedó sin palabras.

Al inclinarse para leer mejor el cartel de MATERIALES PROHIBIDOS, vio que los móviles, los buscapersonas y los radiotransmisores estaban prohibidos. ¡Así que no solo se quedaba sin coche! Con una mano sudorosa, Luce cogió el móvil que tenía en el bolsillo, su único medio de contacto con el mundo exterior. Cuando la guarda percibió su mirada, le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Niña, no te desvanezcas, que no me pagan lo suficiente para resucitar a los alumnos. Además, podrás hacer una llamada semanal desde el vestíbulo principal.

Una llamada... ¿semanal? Pero...

Miró por última vez su teléfono y vio que había recibido dos nuevos mensajes de texto. Parecía imposible que aquellos fueran a ser sus últimos mensajes. El primero era de Callie.

¡Lláname enseguida! Esperaré al lado del teléfono toda la noche para que me lo expliques todo. Y acuérdate del mantra que te dije que practicaras. ¡Sobrevivirás! Además, por si te interesa, creo que todo el mundo se ha olvidado de...

Típico de Callie: se había enrollado tanto que aquel teléfono de mierda había omitido las últimas cuatro líneas. En cierta forma, se sentía casi aliviada. No quería que le escribieran sobre cómo todo el mundo de su antigua escuela ya había olvidado lo que le había ocurrido, lo que había hecho para acabar en ese lugar.

Suspiró y leyó el segundo mensaje. Era de su madre, que apenas hacía unas semanas le había cogido el tranquillo a eso de escribir mensajes, y que seguro que no sabía lo de la llamada semanal, porque, si no, de ningún modo la habría abandonado allí. ¿O sí?

Mi niña, pensamos en ti a todas horas. Sé buena e intenta comer suficientes proteínas. Te llamaremos en cuanto podamos. Te queremos, mamá y papá.

Luce suspiró y cayó en la cuenta de que sus padres lo sabían. ¿Cómo, si no, se explicaba sus caras ojerosas cuando se había despedido de ellos aquella mañana desde la puerta del colegio con la maleta en la mano? Durante el desayuno había intentado bromear porque al fin iba a perder el descarado acento de Nueva Inglaterra que había cogido en Dover, pero sus padres ni siquiera habían sonreído. Creía que todavía estaban enfadados con ella, porque, cuando la lió, no le montaron el número de los gritos, sino que recurrieron al ya conocido silencio. Pero ahora comprendía la conducta tan extraña de aquella mañana: sus padres ya se estaban lamentando porque iban a separarse de su única hija.

—Seguimos esperando a alguien —dijo la guarda—. Me pregunto quién será.

La atención de Luce volvió de golpe a la caja de las mercancías peligrosas, que ahora rebosaba de objetos de contrabando que ni siquiera reconocía. Percibía que los ojos verdes del chico de cabello oscuro seguían clavados en ella. Alzó la vista y notó que todos la miraban. Le tocaba a ella. Cerró los ojos y poco a poco relajó los dedos hasta que el teléfono cayó sobre la cumbre del montón con un ruido seco y triste: el sonido de la soledad absoluta.

Todd y Gabbe *la Robot* se dirigieron a la puerta sin siquiera mirar a Luce, pero el tercer chico se volvió hacia la guarda.

—Yo podría ponerla al corriente de todo —se ofreció, señalando a Luce con la cabeza.

—Esas no son las normas —repuso la guarda de forma automática, como si hubiera estado esperando aquel diálogo—. Vuelves a ser un alumno nuevo, y eso significa que se te aplican las restricciones de los alumnos nuevos. Tienes que volver a empezar desde cero. Si no te gusta, deberías haberlo pensado mejor antes de quebrantar la libertad condicional.

El chico se quedó inmóvil, inexpresivo, mientras la guarda tiraba de Luce —que se había quedado de piedra al oír las palabras «libertad condicional»— hacia el fondo del vestíbulo amarillo.

—Venga, adelante —dijo, como si no hubiera pasado nada—. Residencias.

Señaló la ventana que daba al oeste, desde donde se divisaba a lo lejos un edificio de color ceniza. Luce vio a Gabbe y a Todd arrastrando los pies hacia allí, y al tercer chico andando sin prisa, como si alcanzarlos fuera la última cosa que tuviera que hacer.

La residencia de estudiantes era un edificio imponente y cuadrangular, un bloque sólido y gris cuyas gruesas puertas dobles no revelaban nada de lo que ocurría dentro. En medio del césped amarillento había una enorme placa de piedra y Luce recordaba haber visto en la web de la escuela las palabras RESIDENCIA PAULINE cinceladas en su superficie. En realidad, el complejo parecía incluso más feo bajo la brumosa luz de aquella mañana que en la anodina fotografía en blanco y negro.

Incluso desde aquella distancia, Luce atisbaba el moho negro que cubría la fachada de la residencia. En todas las ventanas había hileras de gruesas barras de acero. Luce entornó los ojos: ¿de verdad la valla estaba rematada por un alambre de púas?

La guarda bajó la vista hacia el dossier y abrió la ficha de Luce.

—Habitación sesenta y tres. Por ahora, deja la maleta en mi despacho con las de los demás. Podrás deshacerla esta tarde.

Luce arrastró su maleta roja hacia los otros tres baúles negros e insulsos. Luego, en un acto reflejo, hizo el ademán de coger el móvil, porque era donde acostumbraba anotar las cosas que tenía que recordar. Pero, al ver que su bolsillo estaba vacío, suspiró y no le quedó más remedio que memorizar el número de la habitación.

Aún era incapaz de entender por qué no podía quedarse con sus padres; su casa de Thunderbolt estaba a menos de media hora de Espada y Cruz. Le había sentado tan bien volver a su hogar en Savannah, donde, como siempre decía su madre, «hasta el viento soplaban con pereza»... El ritmo más ligero y tranquilo de Georgia se adaptaba a Luce mucho mejor de lo que el de Nueva Inglaterra lo había hecho nunca.

Pero Espada y Cruz, el lugar inerte y gris que el tribunal le había asignado, no se parecía a Savannah ni a ningún otro lugar. Luce había oído accidentalmente una conversación de su padre con el director; su padre había ido asintiendo con ese característico lío mental propio de los profesores de Biología y había acabado respondiendo:

—Claro, claro, quizá lo mejor es que esté controlada todo el tiempo. No, por supuesto, no nos gustaría poner trabas al sistema de la escuela.

Sin duda, su padre no había visto las condiciones en las que supervisaban a su única hija. Aquel lugar parecía una prisión de máxima seguridad.

—¿Y qué significa eso... cómo ha dicho... las rojas? —preguntó Luce a la guarda cuando ya estaba a punto de concluir la visita introductoria.

—Las rojas —contestó la guarda señalando hacia un pequeño dispositivo eléctrico que colgaba del techo: una lente con una luz roja parpadeante. Luce no se había percatado, pero, en cuanto la guarda señaló el primero, vio que había infinidad por todas partes.

—¿Cámaras?

—Muy bien —respondió la guarda con cierto tono de condescendencia—. Las dejamos a la vista para que no olvidéis que están ahí. En cualquier momento, en cualquier lugar, os estamos vigilando. Así que no la fastidies, si lo que quieres es lo mejor para ti.

Cada vez que alguien hablaba a Luce como si fuera una psicópata, ella casi acababa creyendo que lo era.

Los recuerdos la habían hostigado todo el verano, en sueños y en los raros momentos en que sus padres la dejaban sola. Algo había ocurrido en aquella cabaña, y todos (incluida Luce) se morían por saber exactamente qué. La policía, el juez, los asistentes sociales habían intentado sonsacarle la verdad, pero ella sabía tan poco como ellos. Había estado bromeando con Trevor y se habían perseguido el uno al otro hasta llegar a la hilera de cabañas que había frente al lago, lejos del resto de sus compañeros. Intentó explicar que había sido una de las mejores noches de su vida... hasta que se convirtió en la peor.

Había dedicado mucho tiempo a recrear aquella noche en su memoria, oyendo la risa de Trevor, sintiendo cómo sus manos le rodeaban la cintura... y a intentar conciliar la certeza instintiva de que ella era en verdad inocente.

Pero ahora todas las normas y regulaciones de Espada y Cruz parecían contradecir esa idea, parecían sugerir que ella era peligrosa de verdad y que era preciso controlarla.

Luce notó una mano firme en el hombro.

—Mira —le dijo la guarda—, si te hace sentir mejor, te aseguro que no eres ni de lejos el peor caso que hay aquí.

Fue el primer gesto humano que la guarda dedicó a Luce, y ella creyó que en realidad sí tenía la intención de hacerla sentir mejor. Pero ¿la habían enviado allí a causa de la muerte enigmática de un chico por el que estaba loca y, aun así, no era «ni de lejos el peor caso que hay aquí»? Luce se preguntó qué otros casos podía haber en Espada y Cruz.

—De acuerdo, se ha acabado la presentación —concluyó la guarda—. A partir de ahora te las arreglarás sola. Aquí tienes un mapa por si necesitas encontrar algo.

Le dio una fotocopia de un mapa chapucero dibujado a mano y consultó el reloj.

—Tienes una hora antes de la primera clase, pero la teleserie que sigo empieza en cinco minutos, así que... —le hizo un gesto con la mano— piérdete un poco por el colegio. Y no lo olvides —añadió señalando las cámaras una última vez—: las rojas te están vigilando.

Antes de que Luce pudiera responder, una chica flaca y con el pelo negro apareció frente a ella moviendo sus largos dedos frente a la cara.

—Ooooooh —dijo la niña imitando la voz de un contador de historias de terror y bailando a su alrededor—. Las rojas te están vigilandoooooo.

—Lárgate de aquí, Arriane, antes de que te haga una lobotomía —espetó la guarda; aunque estaba claro, a juzgar por su sonrisa breve pero sincera, que sentía un cariño algo desafectado por esa niña loca.

También estaba claro que Arriane no sentía lo mismo. Hizo un gesto a la guarda como si se estuviera masturbando, y luego miró a Luce, con la esperanza de que estuviera ofendida.

—Y por hacer eso —dijo la guarda mientras apuntaba una nota con brusquedad en el cuaderno— hoy te has ganado la tarea de enseñarle el colegio a Little Miss Sunshine.

Señaló a Luce, que parecía cualquier cosa menos reluciente, vestida como iba con unos tejanos negros, unas botas negras y un top negro. En la sección de las «Normas de vestimenta», la página web de Espada & Cruz sostenía con entusiasmo que, mientras los alumnos se portaran bien, podían vestirse como quisieran, respetando solo dos condiciones: el estilo no podía ser llamativo y el color debía ser negro, así que en realidad no había mucho donde elegir.

La camiseta de manga larga y cuello alto que su madre le había obligado a ponerse aquella mañana no resaltaba para nada su figura, e incluso su mayor atractivo había desaparecido: casi le habían cortado por completo el cabello negro y voluminoso, que solía llegarle hasta la cintura. El fuego de la cabaña le había dejado la cabeza chamuscada y con pequeñas calvas, así que tras el camino de vuelta, largo y silencioso, de Dover a casa, su madre la había metido en la bañera, había cogido la maquinilla eléctrica de papá y sin decir una palabra le afeitó la cabeza. Durante el verano le había crecido un poco, lo suficiente para que el envidiable cabello ondulado de antes ahora se hubiera convertido en una sucesión de rulos desmañados asomando justo detrás de sus orejas.

Arriane le echó un vistazo mientras uno de sus dedos tamborileaba en sus labios pálidos.

—Perfecto —dijo, y dio un paso al frente para enlazar su brazo con el de Luce—. Precisamente estaba pensando que me hacía falta una nueva esclava.

La puerta del vestíbulo se abrió y entró el chico alto de ojos verdes. Negó con la cabeza y le dijo a Luce:

—En este lugar no tienen reparos en desnudarte para registrarte. Así que, si llevas encima cualquier otro tipo de «mercancía peligrosa» —alzó una ceja y tiró un puñado de cosas irreconocibles en la caja—, ni lo intentes.

Detrás de Luce, Arriane intentaba aguantarse la risa. El chico levantó la cabeza y, cuando se dio cuenta de que estaba Arriane, abrió la boca, luego la cerró, como si no supiera cómo reaccionar.

—Arriane —dijo sin alterar la voz.

—Cam —respondió ella.

—¿Lo conoces? —susurró Luce, pensando que en los reformatorios quizá habría el mismo tipo de pandillas que hay en las escuelas como Dover.

—No me lo recuerdes —contestó Arriane, y se llevó a Luce afuera, donde la mañana seguía gris y húmeda.

La parte de atrás del edificio principal daba a una acera desconchada que bordeaba un campo abandonado. La hierba había crecido tanto que, a pesar de que había un marcador descolorido y unas gradas de madera al aire libre, parecía más un solar vacío que las instalaciones de un colegio.

Algo más lejos había cuatro edificios de aspecto sobrio: el que estaba más a la izquierda era un bloque residencial de color ceniza; a la derecha, una iglesia inmensa muy fea; y en medio otras dos estructuras anchas que Luce supuso que eran las aulas.

No había nada más. Todo su mundo se reducía a la lamentable vista que se extendía enfrente.

Arriane giró enseguida hacia la derecha, fuera del sendero, llevó a Luce hasta el campo, y una vez allí se sentaron en lo más alto de una de las gradas de madera llenas de agua.

Las instalaciones equivalentes que había en Dover estaban destinadas a los aprendices de atleta de la Ivy League, de modo que Luce siempre las había evitado. Pero aquel campo vacío, con las porterías combadas y oxidadas, era algo muy diferente, algo que Luce aún no podía comprender. Tres buitres volaban sobre sus cabezas, y un viento lúgubre azotaba las ramas desnudas de los robles. Luce metió la barbilla bajo el cuello de su camiseta.

—Buenooo —dijo Arriane—. Ahora ya has conocido a Randy.

—Pensaba que se llamaba Cam.

—No estamos hablando de él —respondió Arriane con rapidez—. Me refiero al travesti ese de antes. —Arriane movió la cabeza en dirección a la oficina donde la guarda se había quedado frente al televisor—. ¿Qué dirías, tío o tía?

—Eh... ¿tía? —preguntó Luce con indecisión—. ¿Es un test o qué?

Arriane sonrió.

—El primero de muchos, y este lo has pasado, o al menos creo que lo has pasado. El sexo de gran parte del cuerpo docente de aquí es un debate continuo entre todos los alumnos. No te preocupes, ya te enterarás.

Luce pensó que Arriane estaba bromeando; en tal caso, no pasaba nada. Pero todo aquello suponía un cambio tan radical respecto a Dover... En su antiguo colegio, los futuros senadores con corbata

verde casi parecían brotar de los pasillos, del silencio elegante con que el dinero parecía cubrirlo todo.

Los niños de Dover solían mirar a Luce de reajo, como diciendo «no-pringues-las-paredes-blancas-con-los-dedos». Intentó imaginar a Arriane allí: holgazaneando en las gradas y haciendo bromas groseras y ordinarias. Luce intentó imaginar qué pensaría Callie de ella, porque en Dover no había nadie parecido a Arriane.

—Vamos, suéltalo —le ordenó Arriane. Se dejó caer sobre la grada más alta y con un gesto invitó a Luce a que se acercara—. ¿Qué hiciste para que te metieran aquí?

El tono de Arriane era juguetón, pero de repente Luce sintió la necesidad de sentarse. Era ridículo, pero había esperado pasar el primer día de colegio sin que el pasado la atosigara y la privara de aquella fina capa de calma que había mantenido hasta entonces. Pero, claro, la gente de allí quería saberlo.

Podía sentir la sangre palpitándole en las sienes. Siempre ocurría lo mismo cuando quería recordar —recordar de verdad— aquella noche. Nunca había dejado de sentirse culpable por lo que le había ocurrido a Trevor, pero también intentaba con todas sus fuerzas no dejarse enredar en las sombras, que hasta el momento eran lo único que podía visualizar de aquella noche. Aquellos seres oscuros e indefinibles de los que no podía hablar a nadie.

Pero volvió a intentarlo... estaba empezando a contarle a Trevor que esa noche sentía una presencia extraña, que había unas formas retorcidas suspendidas sobre sus cabezas que amenazaban con estropear aquel momento perfecto. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Trevor se había esfumado, su cuerpo había ardido hasta quedar irreconocible, y Luce era... era... ¿culpable?

No le había contado a nadie que a veces veía unas formas turbias en la oscuridad que siempre iban hacia ella. Hacía tanto tiempo que iban y venían, que Luce no podía recordar cuándo fue la primera vez que las vio. Pero podía recordar la primera vez que comprendió que las sombras no se le aparecían a todo el mundo... O, mejor dicho, que solo se le aparecían a ella. A los siete años, fue de vacaciones con su familia a Hilton Head y sus padres la llevaron a hacer una travesía en barco. Al ponerse el sol, las sombras empezaron a moverse sobre el agua, y ella se dirigió a su padre y le dijo:

—¿Qué haces cuando vienen, papá? ¿Por qué no te dan miedo los monstruos?

No había monstruos, le aseguraron sus padres, pero la insistencia con que Luce repitió que había algo tembloroso y oscuro le acarreó una serie de consultas con el oculista de la familia, y luego las gafas, y luego más consultas con el otorrino, tras cometer el error de describir el ruido ronco y fantasmagórico que a veces hacían las sombras... y luego terapia, y luego más terapia y, por último, una prescripción para tomar medicamentos antipsicóticos.

Pero nada hizo que desaparecieran.

A los catorce años se negó a tomar la medicación. Fue cuando conocieron al doctor Sanford, y, muy cerca, estaba la escuela Dover. Tomaron un vuelo hasta New Hampshire, y su padre condujo el coche de alquiler por una carretera larga y con curvas hasta una mansión llamada Shady Hollows, que estaba en la cima de la colina. Pusieron a Luce frente a un hombre con bata blanca y le preguntaron si aún tenía sus «visiones». Las palmas de las manos de sus padres estaban sudadas cuando la cogieron de la mano; estaban muy serios, porque temían que había algo en su hija que funcionaba terriblemente mal.

Nadie le contó que, si ella no le decía al doctor Sanford lo que todos ellos querían que dijera, puede que pasara mucho más tiempo en Shady Hollows. Al mentir y actuar como si no pasara nada, le autorizaron matricularse en Dover, y solo tenía que visitar al doctor Sanford dos veces al mes.

Le permitieron dejar de tomar aquellas asquerosas pastillas tan pronto como fingió que ya no veía más sombras. Pero, aun así, seguían apareciendo cuando les daba la gana. Lo único que sabía era que trataba de evitar en la medida de lo posible todo aquel catálogo mental de lugares donde se le habían aparecido las sombras en el pasado —bosques frondosos, aguas turbias—. Lo único que sabía era que, cuando llegaban las sombras, sentía un escalofrío, una sensación terrible que no se parecía a nada en el mundo.

Luce se sentó a horcajadas sobre una de las gradas y se frotó las sienes con los dedos pulgar y corazón. Si quería superar ese primer día, tendría que esforzarse en no ahondar en su memoria. Seguramente no podría soportar los recuerdos de aquella noche, así que bajo ninguna circunstancia podía permitirse airear el menor detalle truculento ante aquella desconocida extravagante y desequilibrada.

En vez de responder, observó a Arriane, tendida sobre la grada con unas gafas de sol enormes que le cubrían gran parte de la cara. Aunque no pudiese asegurarlo, probablemente también ella debía de haber estado mirando a Luce, pues al cabo de un instante se incorporó y le sonrió.

—Me voy a cortar el pelo como tú —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Luce—. Pero si tienes un pelo precioso.

Era verdad: Arriane lucía unos mechones largos y voluminosos, como los que Luce tanto echaba de menos. Sus rizos sueltos y negros

resplandecían con la luz del sol y desprendían un matiz rojizo. Luce se pasó el cabello por detrás de las orejas, pero como no era lo bastante largo, volvía a echársele hacia delante.

—Te queda genial —dijo Arriane—. Es sexy, atrevido. Quiero llevarlo igual.

—Eh... vale —respondió Luce. ¿Era un cumplido? No sabía si se tenía que sentir halagada u ofendida por la forma en que Arriane daba por sentado que podía tener lo que quisiera, incluso si lo que quería pertenecía a otra persona. —¿Y dónde vamos a conseguir...?

—¡Tachán!

Arriane metió la mano en su bolso y sacó la navaja color rosa del ejército suizo que Gabbe había dejado en la Caja de Mercancías Peligrosas.

—¿Qué pasa? —dijo al ver la reacción de Luce—. Mis dedos pegajosos siempre están atentos cuando los nuevos alumnos han de dejar sus cosas el primer día. El mero hecho de pensar en ello me ayuda a sobrevivir a la canícula durante mi estancia en el campo de internamiento... eh, quiero decir, de verano, de Espada & Cruz.

—¿Te has pasado todo el verano... aquí? —preguntó Luce haciendo una mueca.

—¡Ja! Hablas como una verdadera novata. Seguro que crees que tendremos vacaciones en primavera —le tiró la navaja suiza—. No nos dejan salir de este agujero infernal. Nunca. Ahora, córtame el pelo.

—¿Y qué pasa con las rojas? —preguntó Luce, mientras miraba a su alrededor con la navaja en la mano. Seguro que allí fuera había cámaras en alguna parte.

Arriane negó con la cabeza.